Racimo de Artemio

A. J. Bozinsky



Álvaro Bozinsky
Primera edición 2019.
Versión corregida 2022.

I

Artemio observó el almanaque clavado en la pared de la cocina, cuyas puntas se doblaban hacia dentro, conteniendo un mes arqueado sobre las casillas de sus días. Sintió que cualquiera sería hoy, que el cuadrado rojo de la engañosa grilla podía recorrerse de mayor a menor, o saltearse, o intercambiarse y dar vueltas sobre sí, porque en definitiva, poco importaba el orden al día real, un día que se le escapaba como un pececillo entre los dedos. La mañana anterior había sido una réplica de ésta, o viceversa, porque… ¿quién era capaz de afirmar que el tiempo se movía hacia el pasado o hacia el futuro? ¿Podía ser que el esfuerzo que le dedicara a tal asunto ya estuviera predeterminado, y simplemente se iría acercando al pasado que él erróneamente concebía en algún lugar del futuro? Podría escribir lo que pensaba en una serie de sucesos

con un principio y un fin más o menos delimitado, pero sería inútil, puesto que en la transferencia hacia el papel, se evaporaría la esencia de lo que quería decir. Tendría que conformarse sólo con pensar, o añadir garabatos en una libretita.

Por lo pronto, se iría a dormir hasta que Anabelle llegara del trabajo, casi seguro de que los árboles seguirían sobrepasando las ventanas de la planta alta, a la cual se llegaba subiendo por una azarosa escalera, cruzando con cuidado y manteniendo el equilibrio sobre un tablón, como un malabarista en la cuerda floja de un circo decrépito.

II

Posiblemente, la anciana señora Rubinstein no se sentiría feliz cuando viera el desastre de su casa, pero, para verlo, tendría que moverse con sus ochenta y cinco años a cuestas desde la ciudad, lo que significaba un trayecto de trescientos kilómetros por carretera con tramos tan infames como el tablón del segundo piso, además de un kilómetro de camino vecinal no siempre transitable, y medio kilómetro más de un sendero ondulante que, aunque ayudado por las bicicletas de él y de su esposa, comenzaba a perder la batalla contra la incansable vegetación. No era probable que la arpía de la señora Rubinstein hubiese olvidado aquella propiedad, ni el contrato que tenían firmado y que establecía como todo hijo del orden jurídico, sus derechos y obligaciones. En el esplendor de la bilateralidad, Artemio se comprometía a trabajar en el mantenimiento de la casa de verano, haciendo usufructo de ella junto a su cónyuge como moradores;

la señora Rubinstein, por su parte, se beneficiaría del mantenimiento de su propiedad sin pagar por ello más que los materiales que fueran necesarios a tales efectos, y por espacio de dos años tenía la obligación de concederles alojamiento… siempre y cuando, cláusula mediante, no engendraran hijos. En realidad, era todo aquello un favor hecho por la rica anciana gracias a la amistad que la había unido a la abuela de Artemio y, antes que prestarles un lugar donde vivir y fiel a su principio de acaparar y no compartir, además de querer legalizar hasta la forma de respirar, les impuso el trabajar y no engendrar como condición de vida.

¿Habría ido la señora Rubinstein con su esposo y sus hijos de vacaciones a aquella casa? Seguramente, sí. Habría sido en la década del cincuenta o del sesenta, cuando los abuelos eran grandes amigos y, si se decidiera a hacer una búsqueda exhaustiva en su memoria, Artemio caería en la cuenta que desde ese mismo lugar, provenían muchas de las anécdotas que había escuchado en su niñez. ¿Cuándo habría dejado de hacer el amor la tía Elga Rubinstein? En algún momento

de su vida se habría hartado de que su marido la engañara. El hecho de que fuera un consumado cirujano, le cualificaba para tener bonitas enfermeras bajo su acicalada égida... Le habría dicho: “¡Ya!, deja de molestar y entretente con tus cositas. Mientras nos juntemos a la hora del té con amigos y para contar el dinero, a mí me basta”. Dicho esto, la tía Elga habría comprado algunos caramelos de frutilla, y se los habría ido comiendo camino al templo.

III

a

Cruzó con destreza por el tablón, y bajó la escalera para encontrarse con el aroma del café recién preparado. Anabelle se había ido a trabajar, dejándolo pronto. Recordó la noche en que, estando profundamente dormidos, entrelazados bajo las sábanas, fueron despertados bruscamente por un extrañísimo olor a café surgido de la nada… Encendió la linterna y alumbró en todas direcciones. Fue hasta el hueco donde se veía la planta baja e iluminó preguntando quién andaba ahí. ¿Qué cafeinómano podía ir a las dos de la madrugada a una solitaria casa de campo para prepararse un aromático café? El tarro que lo contenía, seguía tan cerrado como lo había dejado la mañana anterior. Entonces, se miraron estupefactos y se preguntaron qué podría haber sido aquello. Vinieron al rescate teorías y elucubraciones varias, antiguos cuentos de terror, explicaciones de

fenómenos paranormales, y alguna postura científica. Antes de volverse a dormir, concluyeron que sus olfatos habían presenciado un singular fenómeno, que lacónicamente se podía explicar de la siguiente forma: En un mundo paralelo, cuyas frecuencias vibratorias eran muy cercanas a las nuestras, alguien preparaba café al comenzar la jornada. Luego, entre sueños, el magín de Artemio se había extraviado por confusos derroteros y trabajaba: ¿Era posible que ya hubieran existido antes, y que se hubieran conocido entonces? ¿Tendría relación la visión de Anabelle, cuando percibió un rostro igual al de él, pero más luminoso y volátil, inclinándose sonriente sobre ella, cuando en realidad no estaba? Después, se preguntó si podía haber sido cierta su irrupción en un mundo paralelo… Sucedió antes de mudarse a la casa de campo, cuando hacía poco se habían casado, y estaban viviendo con los padres de Artemio. Él había salido de trabajar a las dos de la tarde, y había tirado la mochila al piso y su cuerpo a la cama destendida. Curiosamente, en vez de quedar exhausto, escuchó un persistente zumbido, se sintió flotar

sobre sí mismo y, así desprendido, se obligó a adoptar la fuerza de gravedad suficiente como para apoyarse en el suelo que, aunque mucho más blando, igual le servía para andar. Libre de su cuerpo, comenzó a atravesar la puerta, comprobando que no eran necesarios los picaportes. En la otra habitación, debía estar el living, pero qué sorpresa se llevó aquel extracto energético de Artemio, cuando sí se encontró con el living, pero no el de su casa y, en vez de sus padres, vio a cuatro hombres que conversaban entre sí, en un idioma desconocido. Instintivamente, retrocedió para quedar cubierto por la pared que, aunque blanda y porosa, parecía servirle a tal efecto. ¿Qué discutían aquellos caballeros? De pronto hicieron silencio; luego, uno habló en voz baja, otro contestó, el tercero asintió, y el último permaneció callado, al tiempo que tornaron sus miradas hacia donde Artemio los espiaba… "De verdad, vivimos en un mundo extraño", pensó antes de tomarse una taza.

b

En la cocina modestamente amueblada, la mesa rectangular rodeada por cuatro sillas de respaldos ligeramente inclinados hacia atrás, esperaba por sus comensales. A tres tazas les serían vertidas café y leche, y a una sólo café; ocho terrones de azúcar se dividirían en partes iguales, y serían disueltos ayudados por cucharitas. Cuatro platillos triangulares, acordes a la última moda, serían ensuciados por el pan con manteca, aunque todavía el pan cortado en rebanadas aguardaba en su panera, y la manteca en su potecito con campana, que la preservaba de los olores de la heladera. El día anterior, ésta había sido pintada de rojo por Ana, quien creyó de buen gusto agregarle cuatro triángulos estilizados de color blanco, representando a los integrantes de la familia. La idea inspiradora pertenecía a una foto en una revista de diseño y decoración de hogares, hojeada en los breves asuetos que le concedía su labor de ama de casa.

Anita y Abel, una niña de ocho años y un niño de seis, llegaron los primeros y tomaron asiento,

arrastrando ruidosamente las patas de las sillas contra el suelo. Frente al fregadero, de espaldas a la mesa, Ana hizo una mueca de disgusto. En una jarra calentaba la leche, y en otra se disponía a preparar el café. Sin darse vuelta, la madre preguntó:

—¿Ya se lavaron las manos?

—Sí, mamá —contestaron a coro.

—¿Cómo yo no escuché ruido en los caños?

—Nos lavamos despacito —se apresuró a contestar Anita.

—Vayan a lavarse las manos. ¡Rápido! Y traigan las mochilas de la escuela.

Los niños salieron disparados hacia el cuarto de baño, pero tuvieron que esperar unos minutos que se hicieron largos, hasta que Artemio, padre perezoso y bonachón, tiró de la cadena de la cisterna, dando por concluida su estancia. Anita y Abel se miraron y dejaron escapar risitas alocadas, porque cada vez que Artemio desagotaba la cisterna, aprovechaba el ruido para expeler una flatulencia. El aerosol con aroma de "Espíritu Joven" camufló todo en una nube fresca, y por fin se abrió la puerta.

—¡Vamos! Se hace tarde… —se escuchó la voz de Ana desde la cocina, que siempre dejaba la última vocal estirándose.

Con el periódico bajo el brazo, que había ido a buscar hasta el umbral de la puerta, Artemio se sentó y le pellizcó el trasero a su esposa. De inmediato, Ana se dio vuelta para ver si los niños estaban presentes. Se escucharon risas en el baño; con seguridad, se habían puesto a jugar con agua y jabón.

—Apúrense que llegan tarde…

En un rápido paseo por titulares, Artemio se detuvo en policiales, y los niños llegaron corriendo como delincuentes.

—Bueno —Ana comenzó a servir en las tazas—. Cada cual se prepara el pan. Ustedes café con leche, y papá sólo café.

Creciendo desde la barriga hasta hacerse incontenible, Abel soltó la risa.

—¿Qué pasa, Abel? ¿Qué es gracioso? —le miró seria la madre.

—A papá la leche lo hincha y le da pedos.

Todos rieron, hasta que Ana puso orden y exigió que desayunaran de una vez. Luego de

amonestar a los niños por no haber traído las mochilas, generalizó:

—Nadie me dijo nada de la heladera.

—Te quedó preciosa, amor —Artemio paseó la vista por un robo, un homicidio y una estafa.

—Está linda, mamá —se sumó Anita—. ¿Qué es lo blanco?

—Parecen dientes —imaginó Abel.

—Son las cuatro A —dilucidó la madre—. Artemio, Ana, Anita y Abel.

—Ahhh… —exclamaron boquiabiertos los tres.

Después de masticar una rebanada de pan con manteca, y ser la primera en dar un sorbo a su taza, Anita hizo cara fea.

—¿Y ahora qué te pasa? —se disgustó la madre, untando su pan.

—Mamá, este café no tiene gusto a nada.

—¿Qué?

—Sí, mamá —confirmó Abel—. Mi leche no tiene gusto a café.

Artemio dobló el diario, terminó de engullir su porción de pan con manteca, y llevó la nariz hasta el pocillo, al tiempo que su esposa hacía lo propio.

—Es verdad —sentenció el padre—. No siento…

El café no tenía sabor ni olor. Por más que se esforzaron los paladares y las narices, sólo encontraron vacío.

—¡Qué raro! —exclamó desorientada Ana—. Vamos a tener que cambiar de marca.

La misteriosa bolsa roja con medio kilo de café molido y glaseado, fue acusada al lado de la panera y del potecito con manteca. En el centro, enmarcado por un óvalo blanco y bajo la leyenda de “El Morenito Alegre”, el rostro de un hombre negro, motudo, bembón, de grandes orejas y ojos saltones, había transmutado su alegría, y ahora miraba de frente con singular expresión, como diciendo: “¿Y qué culpa tengo yo de todo esto?”

c

—sohcahcum sol neneiv ay ,erdaP —el hombre se sentó en el sillón libre, a la derecha de su progenitor. Tomó la botella al lado del cenicero, y sirvió whisky en los cuatro gruesos vasos con motivos

reticulares. Para los de sus hijos y el suyo, la cota alcanzó un cuarto; para el anciano, bastó un leve chorro que no sería tocado, pero que cumpliría con el sacramento—. ? dadrev¿ ,osurtni led ol rop sE.

El anciano asintió con la misma solemnidad con la que había aceptado la pronta llegada de los dos hombres que, por ser sus nietos y aunque hubieran pasado los treinta años, eran referidos por “los muchachos”. No tardaron los mellizos en besar el anillo de oro con un diamante engarzado, que reposaba en el honorable anular, sobre el terciopelo carmesí del posabrazos. Hicieron una ligera reverencia pidiendo permiso, y se sentaron en el sofá de dos cuerpos de cuero capitoneado, igual al sillón que ocupaba el padre.

—somidup euq setna ol sominiV —la cara de preocupación en la cabeza incipientemente calva de quien por algunos minutos se había convertido en mayor, fue secundada por la disculpa tomada antes de la concesión en la cara del menor, cuyos cabellos largos y dorados irradiaban juventud e inspiraban condescendencia—.

revloser euq somaínet y oicogen le ne senoicacilpmoc obuH.

—neib átsE —el padre señaló los vasos con gesto ritual—. oleuba la somehcucse y ogart nu somabeB.

Las espaldas de los tres hombres se inclinaron hacia delante, las manos se estiraron dejando ver camisas blancas bajo las mangas de los sacos oscuros, y alcanzaron los vasos que fueron libados y devueltos a la mesita de ébano.

—osimreP —del bolsillo interno del saco, el mayor extrajo un cigarro puro y lo encendió con cinco chupadas, cuidando de darle lumbre pareja.

—neiB —el anciano tosió aclarándose la voz algo cascada por la edad—. asac atse ed serejum sal onis ,apucoerp em euq ol oicogen le se oN.

—oleuba, ?serejum saL¿ —se extrañó el menor, sacando un cigarrillo de la cajilla que dejó sobre la mesita —. ?salle noc asap éuQ¿— encendió el cigarrillo y se pasó la mano por el pelo.

—...seroñes ,íS. osurtni nu ed aicneserp al rop sadatnapse nátse serejum saL.

—!?osurtni nU¿¡ —los hermanos exhalaron humo con

violencia, que empezó a formar una nube sobre sus cabezas.

—soliuqnarT —el padre hizo un ademán que los invitó a apoyar las espaldas sobre el sofá—. oleuba la ralbah nejeD.

Éste hizo una pausa. Tomó aire, y sin perder la compostura continuó:

—selanoicar serbmoh somoS. sotnot sol y serejum sal necah ol omoc saísatnaf somatnevni on y ,racilpxe somedop on euq sasoc rop sobirtse sol somedrep oN —descansó—. etnemamitlú asac atse ne sañartxe sasoc odaton eh omsim oy oreP —pensativo, hizo una pausa —. aímrod sartneim amac aiporp us a esracreca osurtni nu otsiv ah ,oimetrA ,rejum ut euq se omloc lE.

—!res edeup on osE¡ —exclamó herido el hermano mayor, poniéndose de pie—. ?otse acifingis éuQ¿

—atsaB. oleuba la sapmurretni on y otneisa amoT —amonestó el padre.

—ohcahcum ,amlaC —se conmiseró el anciano—. ... odneidnetne sátse oN. someunitnoc y ,ogart nu nabeB.

Los hombres hicieron caso al abuelo, fumaron, se calmaron y escucharon.

—?samsatnaf nos euq ol nebaS¿

Los hermanos se miraron, y alimentaron la nube de humo.

—…oleubA. soicogen ed serbmoh somoS. lamrof nóicacude anu odinet someH. …on sortosoN.

—soicogen ed serbmoH —cortó el anciano—. ?soicogen sol rev euq neneit éuq Y¿

—erdap ,amlaC —se preocupó el hijo a su lado, al ver que el arrugado rostro enrojecía.

—…arenam al ortneucne on ,ojiH. …euq se ,nemuser ne ,riced odeup euq oL —titubeó y se agitó—. serejum ed asoc se oN. …otidlam ogla otsiv eh oY !otsiv eh ol omsim oY¡ !derap al odnasevarta onam us otsiv eH¡

—…oleuba ,nódreP —los hermanos cruzaron miradas con el padre, aprovechando que el anciano se había recostado y miraba su vaso intacto, quizás, buscando mejor forma de explicar lo sucedido.

—aleuba al noc odajeuq nah es serejum sal sadoT —habló sobrio el padre—. otnusa le etucsid es on y otreic se ,lamrona ogla otsiv ah

oleuba le is Y. otse ratart omóc se otnup lE.

El muchacho del cigarrillo miró hacia la ventana cerrada, con las cortinas corridas.

—otnusa led etragracne sárebed ,ojih ,út sáziuQ. sasoc satse arap ojeiv yum yotse ay oY.

—…sortoson euq sám ohcum ebas oleuba le ,sohcahcuM.

El abuelo rió con ganas, interrumpiendo el curso de ideas que intentaba organizar el padre.

—…soicogeN. ?ayav es euq arap ragap somedop eL¿ ?saliuqnart nedeuq serejum sal ísa y asac artseun enodnaba euq araP¿ … sederap sal naseivarta euq sonam rev atsug em ocopmat ím A. ? nedneitnE¿ —la pregunta los obligó a guardar silencio.

El hermano menor quedó mirando hacia el techo, cavilando entre las formas que tomaba el humo del tabaco. Luego, levantó el dedo índice, y trazó un recorrido por la habitación.

—?asap éuQ¿ —preguntó el padre en voz baja, aún confuso.

—?orar se oN¿ .ílla aicah av omóc omuh le nerim ,ograbme nis ,adarrec átse nóicatibah aL —

indicó hacia una de las paredes opuestas.

—…otreic sE —confirmó el hermano—. …nagiO .odibmuz nu omoc sE —susurró.

En el silencio quebrado, los cuatro rostros atónitos percibieron una mano que atravesaba la pared. Luego, apareció una forma humana y, en un instante, volvió a desparecer.

IV

Recalentó el café en la garrafa, y se lo sirvió en un bonito pocillo de porcelana sobre su platillo. En ambos y en azul, se representaba una cabaña con pajaritos, mariposas y exuberante vegetación. El pocillo reflejaba la incontenible abundancia de la naturaleza, con excedentes que a un urbanita le parecerían irracionales. Una casa y un nido, con su ave alimentando hambrientos polluelos… ¿Quiénes serían los habitantes de aquella cabaña azul? Era fácil imaginarse a Zulma y Miguel, durmiendo en su interior. Quizás, el ama de casa estaba inmersa en sus labores matinales, mientras el marido labraba la tierra allende el platillo, o, escopeta en mano, se habría ido a cazar algún pobre animal para despellejarlo y entregárselo a Zulma para el almuerzo. También, podía ser que Miguel se hubiera quedado en casa leyendo un viejo periódico, o mirando las caras maquilladas de una revista de modas o de chismes,

o deteniendo el tiempo con una novela decimonónica; la señora estaría removiendo la tierra del huerto, abonándola con estiércol que había juntado del gallinero, y luego acarrearía unas cuantas hortalizas para prepararlas en estofado con la gallina que ya no ponía huevos, la de cara de Elga Rubinstein, a la que diestramente le habría retorcido el pescuezo con un ligero movimiento de muñeca. “¿Y tú?”, le habría dicho Zulma a Miguel, quien seguía practicando la primera ley de Newton, convencido de que todo cuerpo en reposo permanecería en reposo si sobre él no actuaba ninguna fuerza, y no contestaría nada. “¿Vas a estar ahí todo el día?”. Miguel sacaría una libretita de su bolsillo, y escribiría algunas líneas. “¿No te piensas mover?”, la mujer habría continuado con su tono amenazador y, por toda respuesta, obtendría un: “Aborrezco la carne. No comeré inmundicias de animales sacrificados.”

Pero a la historia le faltaba algo. Artemio giró el pocillo observándolo. ¿Dónde estaban los niños? Supuestamente, en todas las casas agrestes donde no existía la televisión, bullían los niños que

correteaban por doquier trepándose a los árboles. Pero tal paisaje no había sido contemplado por el artista. ¿Quién había sido la persona que ilustrando tan magníficas escenas, se había olvidado de los niños? Aunque el marido y la mujer tampoco aparecían, se los podía suponer en tareas que no encajaban con el alegre resto del diseño. Tal vez, al dibujante no le simpatizaban los niños, y había pintado la exquisita naturaleza sin ellos; tal vez, temía que con sus juegos muchas veces inapropiados, pudieran romper la armonía de su imaginación... Si se le preguntara acerca de este asunto, diría: “¿Niños? ¡Qué ocurrencia! ¿Cómo podrían volar los pájaros y dar de comer en la boca a sus polluelos, si apareciera un infame niño con su honda estirándose con una piedra, para partirle la cabeza a mi pobre pájaro azul? ¿O acaso nunca has visto cómo esos salvajes, muchas veces formando catervas horrorosas, se suben a los árboles y, entre risas sarcásticas, arrancan los nidos ante el espanto de los plumíferos padres, y los arrojan estrellándolos contra el suelo? ¿No has visto aplastar pajaritos con los botines? ¿No los

has visto crucificar a los inocentes y jugar al tiro al blanco? Niños… ¡No, gracias! Atrévete a preguntarme también por sus progenitores, ¡atrévete! ¡Deberían estar presos! Pero no… He sido condescendiente, y los he dejado dentro de la acogedora casita que tienes enfrente… Si acercas tus ojos y los enfocas como es debido, conseguirás percibir a través de la ventana, apenas dos puntos de un azul casi negro, que están ahí sólo para representar a estas personas que son un hombre y una mujer que, como bien has supuesto, intercambiaron los anticuados roles, y ahora ella se dedica a sustentar el hogar, mientras él remolonea leyendo interminables novelas donde cada situación trae aparejadas otras situaciones que en principio nada tienen que ver con la anterior, pero se podrá garantizar que todas son partes del conjunto aunque no lo parezca, y a la larga terminarán cerrando un círculo perfecto; y si no, no habrá de qué preocuparse, porque no hay muchos sujetos que gasten su tiempo en búsquedas minuciosas de cabos sueltos… ¡Qué más da!”. Dicho esto, el artista del pocillo se calmó, y

Artemio depositó el objeto en la pileta donde otros objetos también sucios se estaban amontonando.

V

La idea había surgido de un pelo, aunque esta conclusión, exigiera la mayor de las síntesis.

Aquella mañana se había levantado más temprano de lo habitual, apenas un rato después que su esposa se marchara pedaleando a trabajar. Sentado en el colchón sobre el piso, notó que un pelo largo, de unos veinte centímetros, le caía por la frente haciéndole cosquillas en la ceja y en las pestañas, tocándole con la punta en la mejilla. ¿Cómo era posible? Había entrado a trabajar en la fábrica de químicos, con la ridícula creencia de que el trabajo rudo podría beneficiar en algo a alguien y que, para colmo, le gratificaría con algún tipo de experiencia trascendental. Hay quienes pierden fortunas arriesgándolo todo en el azar, o en los negocios, o en obras de caridad. Sin embargo, otros lo pierden innecesariamente en asuntos todavía más baldíos. ¿Podría un mechón valer lo mismo que un sueldo miserable? En tres años los

ácidos hicieron bien su trabajo, y Artemio quedó brillantemente calvo.

Es muy conocida la historia del bambú chino, que una vez plantada su semilla y durante cinco años no se aprecia nada a la vista, a excepción de un brote misérrimo. Mas el crecimiento ha sido subterráneo, creando una sólida estructura que le permitirá crecer en poco tiempo, hasta veinticinco metros. Sin dar aviso, le había nacido un pelo con la fuerza descomunal que le permitió crecer veinte centímetros en una sola noche.

Esa mañana, exultante, atravesó el tablón de una zancada, bajó en dos pasos la escalera, declinó tomar café, abrió la puerta con un empujón demasiado rudo para su desvencijado estado, salió alternando miradas al límpido cielo azul celeste, y a su pelo castaño oscuro perfectamente rizado, que jugaba con la brisa primaveral. Se sintió dentro de una poesía; podría estar en un verso de Whitman, y caminar alegremente recitándolo y enrollando en el índice su pelo.

El río continuaba con su manso fluir y, copiándole la conducta, Artemio se serenó, volvió

a buscar la libretita de apuntes y allí, entre esquemas, dibujos y frases sueltas, arrojó los anzuelos con sus carnadas, para que vinieran las ideas de los juegos.

VI

Artemio se sentó sobre una roca mirando correr el río. Siempre se había maravillado con los millones de reflejos del sol sobre el agua, como si fuera un cardumen de mojarras luminosas, que se negaran a dejarse llevar por el eterno fluir… Se preguntó si él también sería eterno, si Anabelle sería eterna, y si el resto del mundo también. Se preguntó si ya había estado antes y si estaría después, y bajo qué nombres, apariencias y circunstancias. Se preguntó si inconscientemente, no buscaría darse respuestas a estas preguntas, por ejemplo, cuando jugaban a cambiarse los nombres, y Anabelle pasaba a llamarse Fátima, y él, por ejemplo, Jesús; en un día frío y gris, gustaba llamarse Helmut u Otto, y ella, Gertrud o Waltraut; en una tarde y a la hora del té, gustaba de Wilkinson y ella de Thatcher; en las noches estrelladas, preferían John Fitzgerald Travolta, y Alba o Albaluz Edison; a veces, de madrugada se despertaba con la ocurrencia de

llamarse Esteban Parkinson, y le sugería que se llamara Estela Alzheimer. Jugaban a muchas cosas, y no pasaba un día en que no inventaran un juego. Indefectiblemente, tan extensa gama lúdica, se decantaba al final por los más pervertidos… En “El kiosco de la música y el sexo”, intercambiaban figuras eróticas de los años 20, y tenían que inventarles a las modelos, affaires con genios de la historia; resultaba de aquello, que el timbal de Haydn había sido sorprendido por una zorra llamada Juliette, justo en el segundo movimiento; Jennifer, cuyas manos mágicas habían hecho callar a Farinelli, no tuvo más remedio que consolarse con el primer clarinete que encontró a su alcance; el gran Beethoven, hombre curtido en el alcohol y los burdeles, se había intoxicado en las cavernas vaginales de una señorita llamada Anne Smith, que se hacía llamar Fanny, y que se había iniciado en la pornografía para matar el hambre a su pequeña cría, producto de un amor ilícito para la época. Pero mucho peor era “Opciones Inter—inversas”, en el que Artemio se convertía en Jenny Coulomb, y vestía la ropa interior de

Anabelle que, a su vez, se ponía el calzoncillo pasándose a llamar, ora Poncio Pilatos, ora Lope de Vega, ora Stalin. Ella trataba de pellizcarle los senos a él, y él hacía lo propio con los testículos de ella…

Pero pronto se terminaría, pues ya tenía la idea para el último juego.

VII

Artemio y su pelo flameante terminaron el camino intransitable, se subieron a la bicicleta, y anduvieron por el camino vecinal que cruzaba la ruta, rumbo al pueblo. Como de costumbre, cada vez que llevaba algo importante, se lo tocaba con cierta regularidad, como si la carta en el bolsillo de la camisa se le pudiera caer en algún momento, producto de un extraño movimiento, o de una repentina falla en la costura de la ropa.

La brisa arrancaba murmullos y frescos aromas a los pinos. Un cuervo de cabeza negra se alzó por el aire y ejercitó brillantes acrobacias. Al costado del camino, vio un pedazo de lagarto medio podrido. ¿Cómo podía ser que aquella belleza fuera un indigno carroñero? El cuervo que seguía planeando, ante la demora insolente de Artemio, optó por retirarse. A veces, pensaba que las aves tenían algo de premonitorio. Así como el benteveo pica las ventanas de las casas, anunciando la próxima

muerte de un pariente; así como el águila que se puso a devorar la serpiente hizo detener el peregrinaje a los pobres aztecas; ¿qué podía significar aquel hermoso comedor de muertos sobrevolando su cabeza, haciendo gala de virtuosismo y elegancia, para marcharse al fin?

Artemio siguió su senda escupiendo un chorro de aire que quitó el pelo que molestaba entre sus pestañas. Se tocó la carta; seguía segura allí. “Creo que será un detalle importante para Anl”, pensó Artemio. Gustaba llamarla “Anl” en momentos muy cariñosos. Miró el bosque y se sintió afortunado de poder vivir allí, aunque más no fuera de prestado. ¿Acaso no era todo prestado? ¿Cuánto tiempo duraba el cuerpo humano? Había vestidos de géneros que superaban el tiempo de vida de las personas, y si estas eran famosas, se subastaban en los países ricos por miles de dólares. No le constaba que en aquellos lugares alguien diera tanto dinero por unos trapos usados. ¿Cuánto pagaría un cangrejo, por habitar la concha vacía de una glamorosa caracola? En fin, tal vez le valiera unas

cuantas escaramuzas. Podría llegar la señora Rubinstein en la hora menos pensada, y como un furioso cangrejo echarlos de la casa con sus tenazas. ¿Con qué podría combatir la avaricia de la anciana? ¿Qué argumento válido podría esgrimir ante la razón de la propiedad privada y el dinero?

“Señora, ¿ha leído usted las sabias palabras de Rousseau, que invitan a una vida plena en contacto con la naturaleza, desprendida de ataduras y vicios horribles que se cultivan en las sociedades “desarrolladas”? El hombre ha de ser libre y educado en libertad, por personas que tengan en la más alta estima el espíritu humano, que rechacen con ímpetu las bajas pasiones esclavizantes, que no paguen el precio de la necesidad, y prefieran el sacrificio y el martirio antes que claudicar en su noble tarea”, habría dicho. Sin embargo, Rousseau se sentiría avergonzado de aquella exponencia ridícula y altisonante, más aún, teniendo en cuenta el espantoso estado en que se encontraba la casa y sus alrededores. Seguramente lo acusarían, junto a la señora Rubinstein, de ser un perfecto

haragán, de haberse entregado a la vana comodidad del ocio, de ser un irresponsable incurable, incapaz de doblar la espalda por un mínimo esfuerzo que redundara en algo productivo.

“¿No te da vergüenza?”, diría con sequedad la tía Rubinstein. “Tu esposa trabajando de sirvienta, mientras te quedas ahí, rascándote el ombligo, pensando en historias estúpidas, sin pie ni cabeza, completamente alejadas de la realidad. ¿Me vienes a hablar de mundos paralelos y de sociedades de hombres libres? ¿De visiones sobrenaturales o de paisajes encantadores? ¿De contactos con seres de otras dimensiones y de humanos color de rosa? ¿Pero eres tonto o qué?”

Artemio frenó la bicicleta, se cambió la carta del bolsillo de la camisa al del pantalón, se apretó el pelo atrás de la oreja, y meditó unos segundos en algo que le permitiera escapar de aquel atolladero. Lo encontró en “Walden”. Varias veces, a lo largo de la historia, los líderes políticos habían tomado decisiones terribles capaces de dañar a sus enemigos hasta ponerlos de rodillas o aniquilarlos, humillándolos sin que

pudieran ofrecer resistencia. Así como Hitler mandó a los judíos a la cámara de gas; así como Truman lanzó las bombas contra Hiroshima y Nagasaki; en medio del jolgorio natural del campo, Artemio desenfundó su maquiavélica arma: “El cañón lanza Thoreaus”.

VIII

Artemio se quitó los zapatos y las medias y los colocó sobre una roca, de tal modo que el sol y la brisa realizaran su trabajo benefactor; se arremangó los pantalones, y caminó lentamente entre el pedregullo y la arena mojada, templándose los pies hasta que se pudo meter en el río. Con los tobillos sumergidos, sintió y pensó en varias cosas que, aunque al observador ajeno y objetivo pudieran parecerle incoherentes, tenían mucho que ver entre sí, y también con ese extraño observador.

Imaginó que, así como él estaba parado justo ahí, en ese instante, otros podrían estar haciendo exactamente lo mismo, cauce arriba o cauce abajo, tanto daba. El río era una extensa malla que comunicaba sus pies con los pies de los demás y, si se lo proponía, podría viajar rápidamente con su pensamiento, como si éste fuera una lancha provista de potente motor, para estar en los pies ajenos. Dondequiera que fueran aquellos

pies, él podría seguir sus pasos y, en el caso de que abandonaran aquel río, podría seguirlos sobre la arena. ¡Artemio pegó un grito! Y luego guardó silencio. El aire de la mañana era delicioso. Sentía que la luz del sol brillando en un límpido cielo turquesa, apenas borroneado aquí y allá por alguna nube, era un opíparo y agreste desayuno servido por un amable tutor. Nadie le devolvió el grito. Gritó nuevamente y con más fuerza, sólo para escuchar un eco distante. Gritó otra vez, y el eco le fue devuelto. Gritó con todo su aliento y, ahora sí, escuchó claramente su propia voz, apenas distorsionada... Artemio estaba de este lado del río, podía asegurarlo, porque se veía a sí mismo en el reflejo del agua. El otro Artemio, podía estar en cualquier parte, con los pies dentro o fuera del río; quizás estuviera recostado sobre la hierba mirando un cielo parecido, o caminando por otros caminos que cruzaban otros montes y que se dirigían a otros pueblos. Quizás el otro Artemio había contestado al grito, o tal vez, había gritado primero, y el grito del Artemio reflejado en el agua, que tan estridente había parecido, era

apenas un simple eco de aquel Artemio primero. ¿Pero cómo sería la vida de aquel Artemio? ¿Habría una Anabelle en su vida? ¿Él mismo habría sido el otro Artemio por unos instantes? ¿Habría algún punto de contacto que los situara indistintamente a los dos?

Artemio se retiró hacia la orilla, se subió a la roca donde se ventilaban los zapatos y las medias, y permaneció sentado, mirando el horizonte con los pantalones arremangados.

Pensó en quién sería el original y quién la copia, o si todos eran originales o copias, o si uno creía ser el original y el otro la copia. Y siguió pensando en decenas de posibilidades que se perdían en una maraña de copiar copias, hasta que en un chispazo, le vino a la mente la imagen de Borges. “El jardín de los senderos que se bifurcan”, pensó. “El jardín de los Artemios que se bifurcan”, repensó.

Tomó una vara, y se puso a hacer trazos en la arena. Escribió su nombre, lo encerró en un círculo y le colocó una barra arriba. “Esto es cuando yo nací”, dijo. “De aquí no contaré para atrás”. Trazó dos líneas rectas que convergían en un punto

del círculo; sobre los puntos que quedaban libres, dijo: “Aquí, recién nacido, ya existen dos posibilidades para el único Artemio que podría ser considerado el original. ¿Qué tal si su madre lo ubica en el pecho izquierdo, o si lo amamanta con el derecho? El que fuera amamantado por el pecho derecho, no podría ser el mismo que el del izquierdo, porque si a los efectos de la alimentación pudiera ser prácticamente igual, no lo sería para los próximos sucesos en la vida de Artemio, ya que tal vez el derecho tuviera más o menos leche que el otro, o que la madre se cansara de la posición del bebé más tarde o más pronto, o que las personas que fueran a visitar al recién nacido se ubicaran a uno u otro lado de la cama, y el pequeño viera a unos u otros o a ninguno, y ya las primeras impresiones que se llevara este hipotético Artemio serían muy distintas. A partir de un punto inicial cualquiera, y a menos que se conservara una inmutabilidad tan absoluta como imposible estando vivo, no habría otra posibilidad que discurrir como mínimo por dos opciones. Evidentemente, al tomar por un camino no se podía tomar por

otro a la vez, siendo el mismo individuo. Sin embargo, dos copias de este individuo, podrían ser útiles para tomar cualquiera de dos caminos, y a su vez, cada una de esas copias, podría ser tomada como original para futuras copias en el instante en que algo cambiara, es decir, continuamente si es que no se entrara en estado de parálisis. Así las cosas, cada copia nunca sospecharía de la existencia de las demás copias, y se creería única, desde su nacimiento hasta el momento en que se hiciera la complicada pregunta, tal como se la había planteado Artemio. La línea descendente que esta cuestionadora y cuestionable persona interpretaría como el paso del tiempo, no le permitiría subir hasta el nodo en que se habían generado y dividido las copias, por lo que no podría interferir en las vidas de las demás copias, a menos que hubiera aprendido las dudosas pero no imposibles artes de manejarse dentro del discurrir del tiempo. No obstante, si existiera algún método, como por ejemplo pegar una especie de grito inverso que fuera hacia atrás y en todas direcciones y pudiera volver como vuelve el eco,

traería la novedad de los puntos donde aquella voz había rebotado. Pero mejor aún: ¿Qué sucedería si, entre nodos de ramas diferentes, se establecía una línea de conexión? Artemio consolidó en la arena lo que bullía en su imaginación. Las copias podrían ir de visita a la casa de otras copias, y llegar justo a la hora del té.

Se paró sobre la roca que tan útil había sido para filosofar y ventilar medias y zapatos, y contempló desde las alturas la enredada creación de su pensamiento. Sintió el sol más brillante que nunca, metiéndose por todos los rincones de la faz de la tierra. Si algo semejante a su luz fuera metafóricamente la inteligencia de Dios, Artemio dio por sentado que aquel pensamiento fulgurante estampado sobre la arena, debía brillar frente al sol, apenas un poco menos que la luz de una lamparita de color colgada en un árbol de Navidad. Tomando ese poco de perspectiva, le pareció ridículo aquello. Tuvo ganas de saltar encima del tonto racimo, y pisotearlo hasta que desapareciera, pero se contuvo... Después de todo, no era la primera vez que se le ocurrían ideas descabelladas que,

con el paso del tiempo, iban tomando formas y hasta se refinaban como un licor que a cada destilación, se iba pareciendo un poco más a lo que el maestro licorero esperaba del joven neófito. Quizás un día llegara a estar cerca de lo que realmente eran las cosas, por mientras, dejaría el racimo inscripto en la arena, hasta que el viento levantara una ola suficientemente alta como para borrarlo, o que alguna lluvia en el norte, allí donde poblaban otros Artemios, provocara una creciente que lo devorase, o que algún ave de patas largas, de esas que gustan vagabundear por las orillas, le imprimiera con sus huellas nuevas conexiones al estrambótico modelo de la realidad de Artemio.

IX

a

Antes de llegar pedaleando cansinamente al pueblo, percibió su aroma en la distancia. Era el olor de las cosas y de las gentes sencillas con sus actividades simples. Una cotidianeidad que generaba su particular atmósfera, una idiosincrasia que transitaba en cada calle, esperando sentada en el umbral de cada zaguán, conversando a través de los tejidos linderos, cocinada y servida en la mesa con productos de su propia huerta. Era un pueblo bonachón, aseado y prolijo, aunque tampoco carecía de sus borrachos y fraudulentos, ni de sus habladurías e infidelidades, y de alguna joven con un embarazo indeseado.

Artemio se apeó de la bicicleta y la dejó recostada sobre un fresno, justo frente a la modesta oficina de correos.

Se tocó la carta en el bolsillo, y caminó hacia la entrada viéndose reflejado en el vidrio de una de las

ventanas... ¡Ahí estaba el doble! Ahí estaba uno de los tópicos literarios por excelencia, sonriéndole pegado en el vidrio, copiándole cada gesto, cada movimiento, cada pausa y, sin embargo, era incapaz de reproducir el único brillo de su mirada. Ese ínfimo detalle, de seguir generando más copias, determinaría una falla general en algún lejano punto de la serie y, por lo tanto, se crearía un Artemio hueco, falso, carente de sentido, tan gastado y absurdo que constantemente se sentiría inclinado al suicidio. No obstante, esta primera copia que le sonreía cada vez más cerca, se había movido desde el vidrio de la ventana hacia el vidrio de la puerta y, sin ningún empacho, tomó el picaporte, le hizo una guiñada y abrió corriéndose para desaparecer, quién sabe, hacia el exterior de la oficina de correos, hacia otro vidrio, o a ninguna parte.

Cuando Artemio se dirigió hacia la cabina del despachante, satisfecho por haber perdido de vista al doble, lo descubrió nuevamente, adherido al vidrio, interponiéndose insolente entre él y el empleado, con el esperpéntico detalle de un pelo de veinte centímetros colgándole en la frente,

quizás, también crecido durante la madrugada.

El despachante, un hombre cercano a los sesenta años, agotado por el encierro y el trabajo repetitivo, lo miró con ojos oscuros, casi negros, sin brillo, como si fuera una copia más de alguien repetido en un vidrio. Tenía aspecto de no tener nombre, y de quedarle más cómodo un número y una vida vulgar. Como premio por sus treinta años de servicio público, no le iría mal una medalla, una jubilación digna y un lugar seguro para alojarse en el panteón de los empleados municipales, por ser esposo de una funcionara de la Intendencia. Hallábase ante Artemio, al otro lado del vidrio con un agujero rectangular abajo y otro circular al medio —los cuales conspiraban contra la fidelidad de la copia—, un hombre con su vida plenamente organizada, y también con la incógnita que le suponía ver un cliente bastante ordinario, pero con la particularidad de colgarle un pelo desde el medio de la cabeza hasta el labio superior; también le sorprendió que le pidiera el tarrito con el pincel y la goma, abriera el sobre que portaba en su mano,

extrajera, leyera y releyera el contenido de un papel, dijera: “Sí, está bien”, lo volviera a guardar para hacer uso del material pedido, y le entregara por fin el sobre pronto para ser despachado, añadiendo antes de que le preguntara por el tipo de envío, un lacónico: “Simple”.

El número de empleado, alternando miradas entre el solitario pelo de Artemio y la dirección escrita en el sobre, escapó a su consternación exclamando: “¡Pero esa dirección es aquí a dos cuadras!”

Artemio cabeceó afirmativamente, se echó un chorro de aire que le sacudió el pelo sobre la mitad derecha de su faz, y preguntó cuánto debía. Lleno de desconfianza, el hombre que podría ser un código alfanumérico dijo: “Diez pesos”, dando por concluida la transacción.

Despreocupado ya de sus posibles copias, Artemio se dirigió hacia la puerta del correo, luego a su bicicleta que montó y condujo por el pueblo, para tomar por la carretera y al final bajarse para transitar a pie el camino hacia la casa prestada por la señora

Rubinstein, pensando y retomando el pensamiento de vez en cuando, acerca de cuán exquisitamente ambigua y resumida, lúdica y misteriosa, era la frase: “Cuando recibas esta carta hoy mismo fechada, todo habrá terminado.”

b

¡Ahí viene una copia! Se baja de la bicicleta frente a la oficina de correos, y busca apoyo sobre el tronco de un fresno, hasta que las ruedas y el manubrio se quedan quietos. Es torpe hasta para estacionar una bicicleta. Se toca el bolsillo como si tuviera miedo de perder algo, acaso exista cosa importante en la vida de este pelagatos. Para colmo, tiene la mirada altiva, propia de quien se cree original. ¿Puede haber mayor gracia que la de remedar a un petulante? Si sonríe, le sonríes; si mueve una mano, también la mueves; si se para, te quedas quieto; y cuando quieres acordar, ya no puedes evitar hacerlo. Y sigues y sigues hasta que te aburres, o encuentras algo mejor que hacer.

Esta copia se supone muy especial. Aunque desgarbado y calvo, cree que tiene no sé qué en la mirada, tal vez un brillo particular que le realza, y que en el extremo de la arrogancia, lo impulsa a hacerse una guiñada. Nunca vi una copia tan hinchada, aunque pensándolo bien, podría ponerle entre los fatuos a los que a uno le encanta abrirles la puerta.

Lo invito a pasar y, mientras cierra, me escabullo por entre los vidrios. El muy tonto pierde el tiempo persiguiéndome por todos lados, sin darse cuenta que desde todos lados lo estoy mirando. O, mejor dicho, observo con curiosidad el único pelo que le cae por la frente, y que cada tanto se lo sopla. Tal vez, es una de esas copias que gozaron poseyendo una hermosa cabellera en la juventud y, pasados los años y desbaratada la melena, se niegan a desprenderse de su recuerdo gastándose el sueldo en la farmacia, atando lo poco que les queda en una cola cada vez más flaca, poniéndose un gorro donde la vejez les ha tonsurado, hasta que sus mujeres terminan mandándoles a la peluquería o empuñando por sí mismas las tijeras.

Algunas más que otras, ¡qué pobres son las copias! Por un instante le he sacado la lengua, pero su atención está enfocada en el otro zopenco que lo está atendiendo. Es el empleado eterno que por hueco, ya no percibe ni siquiera su propio reflejo. Aunque sí le interesa el singular pelo.

Las preocupaciones de las copias... ¡Cuánta porfía! Zoquetes andando con sus pesadas vidas a cuestas, dejando más que huellas, surcos por donde van y vienen, y se siguen enterrando hasta que un día terminan sepultados, pudriéndose entre gusanos. Jamás entenderán nada de los originales.

X

Aquel Artemio sería un hombre muy alto, delgado pero no carente de sólida y marcada musculatura, el pecho de un atleta, los brazos largos y las manos con dedos finos y fuertes, que tanto le habrían servido para ajustar tuercas como para tocar con buen gusto un instrumento musical. Sus piernas firmes, ascenderían por la ladera, al costado de la ruta donde un ómnibus lo habría dejado minutos antes, repartiendo trabajadores a lo largo del pueblo. Un resbalón entre las piedrecillas sueltas, nunca luciría ridículo en un hombre tan espléndido; sus redondeados hombros habrían amortiguado con soltura cualquier impacto, y hasta saldría con elegancia de una caída.

Una tempranera luna llena sobre el bosque, recortaría la esbelta figura incorporándose al camino, y la brisa que chocaría contra una faz enjuta, de labios apretados, nariz con matices aguileños, ojos oscuros bajo perfectos arcos de cejas, agitaría en

ondas la abultada, larga y lacia cabellera negra.

Habría sido un viernes primaveral, Artemio volvería de un duro día de trabajo, después de una semana agotadora, pero volvería a encontrarse con Anabelle, y nada importaría en el mundo.

La casa estaría pintada de un blanco lunar, y sería ornada en todo su derredor por macetas con plantas de coloridas flores. En el corredor, bajo un alero que se extendería por toda la fachada, habría un sofá viejo, pero mullido y cómodo, al lado de una mecedora de madera. Del acogedor sofá, se desharía un ovillo gordo de color crema que empezaría a ladrar moviendo la cola, bajando la escalera raudamente, en busca de la mano pródiga de caricias y palmadas.

La cortina de cuadritos rojos y blancos de la cocina se correría y el olor de una apetitosa comida preparada para dos, se intensificaría en la nariz de Artemio, generando múltiples apetitos al ver aparecer a través de la ventana, los rizos dorados de esta Anabelle de cuello exquisitamente terso y lechoso, de dulces mejillas, ojos claros como un

lago, carnosos labios que regalarían una sonrisa que brotaría del alma.

La música también habría aprovechado la ventana abierta, y cualquiera que fuera la melodía, sonaría preciosa en el alma del hombre enamorado, que saludaría riéndose, con el brazo en alto.

Los pasos finales serían la cercanía de la gloria, y los apuraría al compás de los de ella, que vendría corriendo a recibirlo. El abrazo ansiado y el beso amoroso, tendrían un final fundido en negro.

XI

Anabelle:

A los nenes no tenés que ir a recogerlos a la parada. Hoy se van a jugar a la casa de Alfonsina y después yo los traigo en el auto.

Así que aprovechamos para hacer las cosas que no hemos tenido tiempo.

Debajo del fogón hay que sacar todo y limpiar bien.

La cocina hay que moverla y limpiar atrás. Está tan sucia la pobre.

Vidrios.

Encerar pisos.

Sacudir alfombras.

Me olvidaba de la barbacoa. Eduardo hizo un asadito y enchastró todo.

Bueno nada. Para comer haceme canelones y una pizza.

Dejé un lavado tratá de colgarlo temprano.

De a poquito vamos haciendo. No precisa que sea todo hoy pero vos manejate con los tiempos.

Mirá que en la heladera hay cosas para tirar. Lo que sea sobra tirá o si querés llevátela para los perritos. ¿Tenés perro no?

Ah la tía Betina me trajo montón de ropa para vos. Pobre con esa pierna no sé fijate si podés aprovechar algo. Te da pena porque es de buen corazón. Las bolsas están en el garaje.

Besitos.

Pamela

Anabelle dejó la esquela sobre la repisa decorada por tres portarretratos con fotos de la familia en vacaciones, alternados por tres bibelots y un reloj de mármol.

En el portarretrato de la izquierda, la familia se había acostado de bruces, y sonreían frente a la cámara que había capturado arena amarilla abajo, una roca y tiras de mar azul al fondo, cielo entre celeste y blanco arriba, y las cuatro bonitas caras al centro. Eduardo, el marido, lucía muy buen mozo con su barba rala, los dientes perfectos, una encantadora mirada de ojos azul grisáceos, el pelo rubio

oscuro cortado con buen gusto (en una distinguida peluquería. ¿Se afeitaría también el pecho?), y los brazos suaves y musculosos con manos grandes y delicadas. Nicolás y Natalia, los hijos de ocho y seis años, irradiaban la gracia propia de la edad; los dos eran muy lindos; el niño había heredado el pelo castaño oscuro y lacio de su madre, en tanto que la niña lo tenía más claro y enrulado, seguramente por el padre. De verdad, pese a lo insoportable, Pamela se veía hermosa; el sol coloreaba su piel pero sin excederse, y las costosas cremas la rejuvenecían diez años; sus pequeños pechos eran fáciles de mantener erguidos, y las caderas bien moldeadas en el gimnasio (aunque ahí no se veía la firmeza) harían las delicias del marido.

Tres gatos de cerámica gris, bordeaux y mostaza, conformaban un trío musical que alegraba la playa con clarinete, cello y violín. Parecían muy concentrados en la ejecución de la pieza; pese a la seriedad de sus semblantes, la familia no paraba de reír.

Al lado de los gatos, casi entre el reloj y el adorno de porcelana de dos niños, la familia había viajado a

Disneylandia. Habría sido cuatro años antes de irse a la playa cuando posaron, Pamela sosteniendo a Nicolás y Eduardo a Natalia con su chupete y gorra de pompón, abrigados y apenas menos sonrientes que sobre la arena, con un castillo de fantasía infantil por fondo. Mucha gente iba caminando de espaldas a los fotografiados, dispuestos a hacer cola para poder entrar a divertirse con sus hijos, en la caricaturizada versión de un mundo feliz.

Los dos niños de porcelana, estaban vestidos como pastores alpinos del siglo XIX. Podrían haber sido Nico y Naty, pero con las edades invertidas. Claro que los verdaderos, no tendrían que cargar una pesada cesta, y él no andaría descalzo y taciturno, ni ella tan seria y laboriosa. La vida les había regalado más colores que aquel gris pálido.

El reloj que adelantaba, era la rebanada de una pirámide de mármol rojo y blanco, cuyos vértices habían sido amputados. En el centro, como un ojo ciclópeo que vigilaba contando con tenue y monótona voz los minutos y las horas, el disco dorado marcaba las

ocho y treinta. Parecía haber sido puesto a propósito para indicar que había llegado tarde, o que el trabajo dispuesto no se había cumplido a tiempo.

El portarretrato de la derecha, los mostraba en la nieve, con la indumentaria apropiada para esquiar. Eduardo señalaba algo a lo lejos con uno de sus bastones, y los demás trataban de adivinar dónde estaba (aunque posiblemente no fuera más que la pose para una de las tantas fotos que les habrían sacado). Por fondo, había un laberinto de huellas que se dirigían a un hotel con forma de cabaña; montañas blancas con rocas y pinos (de donde podría obtener inspiración el dibujante de una propaganda de chocolates); apenas se veía un fragmento de cielo sin nubes.

En el borde de la repisa, con riesgo de caer al vacío, un payaso se había subido a una silla. En la composición, tal vez faltaba un león domesticado que le rugiera para imponerle miedo. Aunque los zapatones negros y las medias a rayas blancas y rojas, el sobretodo cuya cola resbalaba por la silla y se enroscaba en el suelo, la pelota

colorada por nariz y el sombrerito con peluca incorporada, trocaban en burla cualquier indicio de terror.

Anabelle levantó la vista, y se encontró mirándose a sí misma en el espejo de la pared, que abarcaba el largo de la repisa. Tal vez el payaso sólo se estuviera mofando de ella.

XII

Cuando Anabelle apareció con una de aquellas esquelas, Artemio se desternilló de risa entre chistes y observaciones. Después, creyó conveniente hacer algo al respecto.

Anabelle:

Tenés que ir a buscar a Nico y Naty a la parada. Vienen con Alfonsina a jugar. Que tomen la leche y jueguen en el patio. Nico está en penitencia con la compu así que por más berrinches que haga no lo dejes.

Si podés haceme para la noche empanadas y tortilla de papa y una de espinaca.

Entrame la ropa temprano y la guardás. No te olvides.

Los chicos que se bañen antes de que yo llegue.

Gracias

Pamela

P.D.

Tomá dos bolsitas de nailon y juntá la caca de los perros que hay en el jardín.

Estimada señora Lamepa:

Fui a buscar a los niños como usted me lo ordenó. Les di la merienda y jugaron en el patio. Pero pronto se empezaron a portar mal y a no hacer caso. Nicolás no obedeció la orden de no encender la computadora, y ante mis objeciones, me contestó de forma grosera, haciéndome ver que mi situación socio-económica está muy por debajo de la de su familia, y este hecho es determinante para que yo no posea ningún tipo de autoridad hacia nadie de la casa, con la excepción de la perra Luna y el perro Barrabás. Se burlaron con una causticidad que no creía pudiera existir en chicos educados en un colegio católico de tanto prestigio, y en un hogar dirigido por un renombrado abogado y por una psicóloga con consultorio propio. Por lo tanto, tuve que tomar medidas ejemplarizantes para que esto nunca más vuelva a suceder.

Sin embargo, pensándolo bien, creo que se me fue un poco la mano.

Estuve muy atareada, pero me esforcé muchísimo para dejarle la cena preparada. Cuando abra la puerta del horno que va a haber que limpiar a fondo, se va a encontrar con una gran sorpresa.

Créame que puse todo mi empeño.

A los niños no fue necesario bañarlos. Les pasé un trapo mojado nomás. El calor mata todos los microbios.

Anabelle

P.D.

Perdone, pero me olvidé de entrar la ropa.

XIII

Los sábados sólo trabajaba hasta mediodía. La familia se había ido a una estancia turística, a disfrutar de los encantos de la vida rural. Cuando la casa quedaba sola, el tiempo le rendía más, y podía culminar las tareas en hora. A las doce en punto cerró con llave, cargó las bolsas en el manubrio de la bicicleta, y se dispuso a atravesar el pueblo rumbo al chalet destartalado.

"Venir a vivir a este pueblo, con la plata que tienen", pensó Anabelle, pero se apresuró a reconocer que las distancias son muy distintas cuando se anda en bicicleta, a cuando se tienen dos automóviles flamantes en el garaje. "Porque la tranquilidad no se paga con nada", agregó desde las profundidades mentales, la voz esmeradamente nasal de Pamela. "A quince minutos de la ciudad. Llueva o truene", la había escuchado decir por teléfono a una amiga. La lluvia y los truenos, serían menos amenazantes dentro de aquellos robustos vehículos; en cambio, con el equipo de agua puesto y

pedaleando en el barro, los sustantivos sonaban mucho más concretos que pronunciados frente al teléfono. “Por supuesto, si estos no estuvieran acá…” Tras el razonamiento que no fue necesario concluir, un enjambre de ideas anidó en su cabeza. Automáticamente pedaleaba, esquivaba pozos, y corregía el manubrio que quería seguir el compás bamboleante de las bolsas, con sus crujidos y silbidos de papel y nailon. “Artemio, Artemio…”, sintió que en aquel nombre, germinaba la semilla de la duda. “Muy lindo. Era demasiado lindo.” El verbo en pretérito le dio un tirón en el pecho. “¿Y si nos hubiéramos quedado? ¿Si hubiéramos alquilado algo chiquito en vez de…?” Ni chico, ni grande; no alcanzaba, porque no había trabajo. “Y la vieja horripilante, con eso del lugar precioso que hay que acondicionar y mantener, nada más.” Artemio se había gastado el dinero, no lo había acondicionado, y ni siquiera mantenido. “Con la cláusula. Eso de no poder tener hijos. ¿Qué le importan los hijos? ¿Acaso alguien le va a pedir el útero o las tetas?” Pensó en Nicolás y Natalia, jugando en el jardín; en las

arenas y las nieves de las fotos; en un mundo feliz para niños ricos. Recordó que Artemio, una vez, había vaticinado un mundo feliz para todos; de mentira, claro, porque ricos y pobres serían igualmente engañados. Se basaba en conjeturas extraídas de periódicos, revistas, televisión, los muchos libros que había leído sacando en préstamo de la biblioteca municipal, y principalmente plagiando ideas. En aquellos tiempos, se le había dado por escribir teorías estrafalarias. Imaginó un futuro no muy lejano, y se vio junto a Artemio, aupando un bulto envuelto en blanco rebozo y que, al mirar en su interior, sólo se veía un hueco. “Un bebé de nada. Un bebé que no se puede cuidar. La empleada cuida los hijos de la empleadora. ¿Quién cuida los hijos de la empleada?” Anabelle frenó y apoyó un pie sobre la calle polvorienta, dándole paso a un ruidoso motonetista que se atravesó sin verla. “Idiota.”

Con las bolsas hamacándose, retomó la marcha en dirección a la ruta, la cual tenía que cruzar para internarse por el estropeado camino vecinal. “Y ya te vas con trabajo, querida”, desde donde surgía la voz

insufrible de Pamela, graznó más repugnante aún, la de Elga Rubinstein. Había que dejarse de desvariar, y estar atenta para cruzar la ruta. “Te coloco en la casa de una familia excelente; del hijo menor de los Romano Aguilera, nada menos.” “Artemio, en dónde nos metimos con eso de la libertad”, en el tono interno, creció un sentimiento de reproche. “Es gente de apellido”, en la remarcada pronunciación de la elle, se adivinaba que aquella alcurnia estaba muy por encima de un simple apellido. “Los camioneros no frenan cuando van cargados, porque si no, no les da para subir el repecho.”

Anabelle cruzó la ruta, después que el paso cercano y veloz de un camión le diera una pequeña sacudida con el aire embolsado. “Libertad para vos, querido. Porque para mí…” Artemio se revolvió, alzándose entre el murmullo de la psicóloga y de la usurera, riendo a carcajadas. “Sí, para vos es todo juego.” El camino la abrazó con su aroma fresco y silvestre. Una música de pájaros ebrios de sol y verdor, se descargó desde los árboles con melodías libertarias. De tanto andar hacia dentro, Anabelle no sintió

nada. “Yo también me río, pero la risa no alcanza.” El rostro de Artemio se le puso enfrente, vívido, haciéndole morisquetas, como en un nuevo juego en el que pudiera meterse a voluntad en la mente de su esposa. “No alcanza, Artemio. El amor, la libertad, la risa, suenan bien, animan las frases cortas y hasta ahí llegan. Nadie vive de eso... Y no hay otros mundos. Esos son cuentos que has sacado de los libros que has leído. O es tu imaginación la que inventa esos disparates. Es sólo este mundo y no es de juguete, porque si te pegan te duele, y el que se muere no revive ni va a parar a ninguna otra parte. Y no sé si dentro de cien años la gente será artificialmente feliz, o se morirá de tristeza. No te rías. Lo que decís es tan irreal como la cara de bobo a la que le estoy hablando... Pero, mi amor, deberíamos irnos de vuelta, tratar de conseguir empleo en una fábrica con sindicato, ganar un sueldo decente, tener hijos y hacernos viejos de a poco, el uno al lado del otro.” Artemio no se rindió, y tomó la palabra para contestar a las desdichas y flaquezas de Anabelle. “Querida mía, uña de mi carne y cabellos de mi calva. No te

des por vencida, que aún falta el toque maestro en el juego de las esquelas.” “Artemio, está bien divertirnos, pero eso es una locura”, contestó de inmediato. “Nada de locuras”, protestó enérgico su marido. “Es imprescindible que antes del final, seas instrumento de mi deleite, liberación de tu calvario, e ícono rebelde de una clase. Escucha como es debido.” “No, no voy a hacer eso. Renuncio y ya está.” “Anabelle, es fácil. No te pido que ates a los mocosos malcriados, ni les causes ningún daño. Sólo hay que encerrarlos en algún lugar en el que la madre no los pueda encontrar hasta después de haber leído la esquela, para que vaya corriendo a abrir la puerta del horno y ahí, ¡zas!” “Sí. Zas. Vamos a terminar presos.” “Anl, amada eterna, nadie puede ir preso por hornear un poco de caca de perro.”

Con esfuerzo, concentrándose en el ondulante camino que necesitaba atención en lugar de automatismos, deteriorado al punto de exigir conductores muy despabilados en vez de disparatados soñadores, Anabelle llegó al punto donde sólo se podía transitar a pie. “Artemio, deberías dejar de hablar

como si estuvieras recitando poesías, y me deberías escuchar mejor. Ya somos grandes, y hay cosas con las que no se puede jugar…” Entonces, recordó que le había prometido sorprenderlo con un entretenimiento original, o, al menos, uno antiguo modificado. ‘La carrera de demorados’, inversión de cualquier disputa atlética, consistía en marcar los puntos de largada y llegada, e inventarse obstáculos medianamente verosímiles que impidieran el avance de los competidores, de modo que el último en llegar conseguiría la demorada victoria.

Se retiró a un costado de la senda, y apoyó la bicicleta contra un pino. De una de las bolsas, sacó el pantalón obsequiado por la tía Betina, cuyo buen corazón se preocupaba por regalar a los pobres aquellos objetos que dudaba si debían ir a parar a la basura. Extendió la prenda azul como si fuera a colgarla de un tendedero, quedando en evidencia una pernera mucho más gruesa que su par. Entre risa y aversión, se puso el pantalón encima del que ya tenía puesto, segura de contar con la venia de su conciencia para hacer lo indebido,

dando el mal a cambio del mal recibido. Esta nueva versión de la carrera, contaría con el aditamento de los disfraces. Artemio debería escoger un personaje; ella, elegiría ser la dadivosa tía Betina.

Retomó la marcha, entorpecida con el colmo del pantalón deforme. “Juegos, juegos…” Lo mejor, venía cuando se sumían en aquellos inventos que indudablemente tenían por mejor artífice a su esposo, y la dura realidad parecía retroceder, desvanecerse ante una ilusión que se agigantaba hasta un punto incierto. Después, ora de manera instantánea, ora paulatina, las cosas volvían a su sitio, incambiadas, a la espera de un nuevo trance. “Podría titularse ‘Gran carrera de demorados con disfrazados y poseídos’.” Ya faltaba poco. Se podía ver la casa ruinosa, con un pedazo de techo derrumbado, como un cráneo partido por celestial mazazo. “Por más juegos que invente, esto ya no tiene remedio. Falta poco”, la sorprendió un pensamiento ambiguo, al tiempo que una palabra cruzó fugaz la última oración de su soliloquio. Sonaba amenazante, fuerte, lacerante.

Pero “divorcio” se desvaneció enseguida, cuando a lo lejos reconoció la amada figura del Artemio real, que hasta hace un momento se había esforzado en parecer la pieza de un complicado juego mental esgrimido a distancia. Sintió las piernas calientes por el uso del doble pantalón y, actriz dispuesta a interpretar su papel, fue dejándose arrastrar hasta el interior de la renga y solidaria Betina, quien se preparaba para disputar una fascinante y lenta carrera.

XIV

Artemio soñó:

Como si tuviera los ojos pegados al suelo, vio un par de zapatos de señora, de cuero, algo gastados, un poco cuarteados, pero firmes. Los pies que los calzaban, pertenecían a unas piernas finas, rectas, sin pantorrillas ni muslos. Un vestido bordeaux oscuro, de mangas largas, de tela lisa, con cintillo del mismo material y color, cubrían el cuerpo descarnado, sin caderas ni busto, como nacido de los zapatos. El contenido de la cartera negra que pendía del hombro, era un misterio. Una especie de cofia, adornada con una pluma atravesada, cubría su cabeza.

Dando pasitos enérgicos, los pies comenzaron a alejarse de Artemio. Delante se extendía una ciénaga borboteante, mas como un santo que camina sobre el agua, el cuerpo magro superó el obstáculo sin siquiera ensuciarse los zapatos. Creció una vegetación que pronto fue selva tan hirsuta como exuberante, y en ella se internaron

los ojos de Artemio, siguiendo de cerca la dama incansable. Ramas espinosas y hojas filosas como espadas, se doblaron ante el vestido intacto. Ocultos ronroneos de tripas hambrientas, gruñidos amenazantes y hasta rugidos cercanos, guardaron silencio frente al paso marcial. Bien pronto la selva se convirtió en terreno seco y polvoriento, inundándose con las arenas de un desierto. Las suelas formidables hollaron sin percances aquel fuego. La aridez se hizo pendiente pedregosa, e interpuso rocas que hubieron de ser sorteadas, valiéndose la mujer de pies y manos cual si fuese una araña. Como si el mundo se hubiese invertido, la pendiente se acrecentó hasta tomar la forma de montaña. Allí el viento soplaba atronador, pero ni el bajo del vestido se inmutaba. Cada paso costaba el doble de esfuerzo que el anterior. Lo empinado se angostaba, y aumentaban los precipicios en derredor. Paso sobre paso, esfuerzo redoblando esfuerzo, las trémulas piernas enlentecían sus movimientos hasta casi detenerse, pero el ímpetu no cejaba. Aquello que podría culminar en la punta de un alfiler, fue conquistado con la misma

tenacidad puesta en mover el primer pie.

Desde la cima demencial, no se divisaba mayor altura, salvo la del sol, que si en el desierto abrasaba, ahora cálido y manso como una fiera domesticada, acariciaba el cuerpo anciano. Desde la cumbre de las cumbres, el mundo era un lugar pequeño, sobre cuya planicie ya nada se podía ocultar.

Abrió sus brazos en cruz, y los mismos se desplegaron en alas. Un plumaje negro y brillante la cubrió como único vestido. Los zapatos se volvieron garras. De la cofia salió un pico y un largo y tenebroso graznido.

Elga Rubinstein, buitre, dueña del mundo, batió alas y se lanzó a planear, buscando cadáveres sobre su reino infinito.

XV

“Toda poesía contiene un potente filtro”, se dijo Artemio al volver desde sus cavilaciones en el río hacia su casa. Porque si no, cómo podría sobrevivir al contacto de la gente burda, a lo rancio, al lenguaje soez, al cansancio, a los problemas económicos, a la programación sistemática de las mentes por parte del gobierno y de los poderosos, quienes prefieren mansos rebaños a lobos solitarios.

Una rosa había sobrevivido en el descuidado jardín, y de ella provenía el rubí y el aroma que la convertían en uno de los trofeos más preciados que poseía, muy superior a las tres o cuatro gallinas y dos gansos que, de ser más pragmático, ponderaría mejor.

“Una rosa es una rosa…”, se dijo Artemio, y pensó en los grandes filósofos que habían escrito sobre rosas y espesos follajes del conocimiento, y se envalentonó con la idea de entregarse él mismo a la manufactura de un refrito filosófico acerca de la realidad de las cosas.

Pero tenía que cocinar y dejar el almuerzo pronto antes de que Anabelle llegara del trabajo. Si poseyera y utilizara un reloj, se daría cuenta que faltaban apenas unos quince minutos, pero esto tampoco le preocuparía demasiado, pues al introductor de preguntas "qué", de "¿Qué hay de comer?", Artemio lo había eliminado quedando un: "¿Hay de comer?", y aunque pareciera lo contrario, esto facilitaba mucho el problema, incentivando la imaginación.

Fue hasta los nidos de las gallinas desparramados en los escondrijos que bien conocía, y se aprovisionó de cuatro huevos que de inmediato puso a hervir en una cacerola sobre la garrafa portátil. Volvió a salir para regresar con cuatro naranjas del árbol más amargo que pudiera existir, pero solucionó el inconveniente cortándolas por la mitad, espolvoreándoles azúcar. Podría elaborar un plato más fino agregándole una hierba, o tal vez arruinarlo, así que sacó los huevos para que se fueran enfriando, y decidió que su plato se llamaría "Dos huevos" y el postre "Naranjas rústicas" gracias al azúcar, porque

si no, en vez de rústicas serían incomibles… O, por qué no, podrían ser “Naranjas graciosas”, porque serían graciosas las muecas que harían al comérselas.

En tales preparativos se hallaba cuando alzó la vista del fregadero, y vio que Anabelle venía pedaleando el camino cuesta arriba. Entonces, soltó el cuchillo de las naranjas graciosas, se secó las manos con un trapo que en otros tiempos había sido un bonito repasador estampado con motivos frutales, y salió corriendo sonriente a recibir a su mujer.

Algo raro había en la Anabelle que acababa de bajarse de la bicicleta, y no era el cabello despeinado y la frente sudada, ni la mochila más pesada de lo habitual, o las bolsas de nailon colgadas del manubrio. Era algo en las piernas… Parecía como… como si… ¡Sí! ¡Anabelle tenía una pierna más gorda que la otra!

Anabelle soltó la bicicleta y, riéndose a carcajadas, caminó hacia Artemio exagerando los movimientos de vaivén de una renga. Pronto Artemio se contagió de la misma risa, y emuló las alharacas que hacía Anabelle, en

una gradación que culminó en una carrera de rengos con un jocoso final de teleteatro.

“¿Qué te pasa, mi amor?”, dijo Artemio cuando se hubo calmado. “¿Qué te pasa que cojeas tanto?”. “Nada, vida”, respondió ella. “Es que mi patrona me regaló mucha ropa usada. Es de la tía Betina. Revisando entre tantas prendas, encontré este pantalón azul, con las perneras feas y deformes como la solidaria tía Betina... Ya tengo el juego que te debía. Cuando me pongo algo encima, no puedo evitar compenetrarme con el personaje... ¿Pero qué es esto?”.

Artemio, que por unos momentos había olvidado la gracia divina de haber recibido un pelo nuevo, alzó los ojos hacia las cejas y largó un fuerte soplido y, antes que pudiera contarle acerca del milagro, Anabelle, ave de presa que arrebató al polluelo de su nido, tiró un zarpazo arrancándole de raíz el joven pelo de Artemio, añadiendo: “¿Un pelo pegado con pegamento?”

Perplejo, el esposo dio dos pasos atrás y balbuceó: “Ese... era un pelo mío”.

Se produjo un silencio que pareció eterno; una nube, como si el

producto de un poeta romántico fuera, surgió de improviso en el cielo, ocultando premonitoriamente al sol; las gallinas se pelearon en alguna parte; Artemio pronunció una frase lapidaria, como quien ha estudiado algo de memoria y lo repite sin problemas, tranquilo porque el final, y burlando la linealidad del tiempo, está determinado desde un principio: “Todos nuestros juegos: El Juego. Hoy tenía una historia maravillosa que contarte… Pero la ruina ha hecho morada en mi alma, y ya no tendré contigo, más que hablar con el juez de nuestro divorcio… Que las gallinas que ora cacarean y se pelean, que ora cacarean y se hermanan, sean testigos de tus maltratos y, cuando recibas una carta hoy mismo fechada, todo habrá terminado.”

Entonces, los dos volvieron a soltar la carcajada ante una nueva ocurrencia, que sería jugar a estar divorciados. Mas no pudieron reír lo suficiente, pues por donde hacía unos minutos había aparecido Anabelle, hacía lo propio un hombre corcoveando sobre ruidosa motoneta, vistiendo traje marrón como un tronco raído y zapatos que,

aunque lustrados, no habían aguantado las cicatrices de los años y la polvareda del camino.

El recién llegado se plantó al costado de los rostros interrogantes, y se quitó el casco descubriendo el suyo bien afeitado, con dos bolas vidriosas en lugar de ojos, y el ceño arrugado por libros de contabilidad, hojas de balance y estados de cuenta. “Buen mediodía. Vengo a inspeccionar la casa, de parte de la señora Elga Rubinstein”, dijo el enviado de la vencedora de sueños.